

za en la opinion, háse alarmado el espíritu del sofisma, creyendo y recelando que se acercase ya el término de su tan largo imperio. Ha recurrido, pues, á todas sus armas y baterías y adoptado toda especie de formas y disfraces hasta encubrirse con el manto de la religion misma para atacar una obra consagrada á defenderla." Pero todo fué inútil: renació en Francia con todo su esplendor el sentimiento cristiano, y la pompa del culto y el amor tributados á la Divinidad, fueron la única contestacion dada por el pueblo á los esfuerzos de la filosofía incrédula.

De entónces acá han vuelto á renovarse los mismos ataques contra el cristianismo: siendo de notar, que en nuestros días no sólo son lanzados por una filosofía atea, sino muy principalmente por la ciencia, que envanecida de sus progresos y sus triunfos sobre la materia, intenta destruir por su base la firme columna de las tradiciones religiosas, explicando á su manera los misterios que Dios no ha querido revelarnos. Igualmente hay que observar que ninguno de esos ataques es nuevo, pues si tal parecen, debido es únicamente al ropaje con que se presentan revestidos. Ya en otros tiempos han sido formulados por los enemigos de la Iglesia y victoriosamente contestados por hijos insignes del catolicismo. Nuestra religion es eterna como su Divino Fundador, y, pese á los filósofos impíos, ella brillará siempre con pompa y esplendor sobre los destinos de la humanidad.



LA CUARESMA.

I



A religion, madre amorosa del hombre, maestra de la naturaleza, atenta siempre á establecer poéticas armonías y significativos contrastes, ha colocado los santos días de la Cuaresma en la más bella estacion del año; las horas de grave meditacion y de tristeza despues de las de locas alegrías; los momentos de melancólicos recuerdos en medio de la pompa y esplendor primaverales. Pasaron las hermosas fiestas de Noche Buena, con sus bulliciosas Posadas y sus goces inocentes y puros; pasó tambien el Carnaval, esa diversion peligrosa en todo tiempo y hoy peligrosísima para la moral y las buenas costumbres; pasaron esas horas de entusiasmo frenético, y hoy ha llegado la Cuaresma, el tiempo de la abstinencia y de la mortificacion, de la penitencia y de los pensamientos piadosos.

La Cuaresma es quizá la época más simpática del año, porque sus días tristes y tranquilos trae n

á la memoria recuerdos muy queridos para los corazones cristianos; porque cada una de sus horas y de sus ceremonias en los templos, causan en el alma cierta dulce melancolía que trae consuelos inefables. Es la época de las fiestas del hogar y de la familia, de las lecturas piadosas presididas por nuestra madre, de las pláticas con el sacerdote, de la fé y de la sencillez candorosas de la infancia. Es la época en que asistimos al templo diariamente á pronunciar nuestras oraciones, en que el interior de las iglesias trasciende á delicioso incienso, en que los niños hacen su primera comunión, y van á buscar al campo y á los jardines flores frescas y olorosas para poner en los altares. Es, en fin, la época de la meditacion y el recogimiento; de los grandes desengaños, pero tambien de los mayores consuelos.

La religion nos recuerda desde el primer día de la Cuaresma que del polvo salimos y al polvo hemos de volver, como si quisiera con este recuerdo poner en nuestra alma el gérmen de una fecunda y saludable tristeza. Ilusiones de amor y de gloria, aspiraciones al bienestar y á la riqueza, satisfacciones y complacencias del espíritu; todo se apaga y se desvanece ante esa voz severa que proclama nuestra pequeñez. Nace entónces la reflexion en nuestro espíritu; y con los ojos de la imaginacion vemos pasar unas en pos de otras á la vista de Dios todas las generaciones, y unos en pos de otros todos los pueblos, segun la enérgica frase del Marqués de Valdegamas. ¿Qué ha quedado de ellos, en efecto? Reyes y guerreros, artistas y poetas, sa-

cerdotes y magistrados, conquistadores y esclavos; todos yacen convertidos en polvo miserable, todos están olvidados en la memoria de los hombres.

II

En estos tiempos en que poco se cree y se tiene fé en Dios; en que se ha echado á un lado la religion para no oír sus advertencias; en que todos procuran hacer alarde de un nécio escepticismo fundado sólo en la ignorancia, es difícil que la enseñanza benéfica de la Cuaresma dé algunos buenos frutos, atrayendo á los hombres al interior de los templos. ¿Quién tiene hoy valor de aparecer hijo de la religion, ante una sociedad donde abundan los desdichados que no quieren ya creer? ¿Dónde están esos ánimos fuertes y valerosos que desafien las burlas de la impiedad, haciendo alarde de sus creencias y de su fé? ¿Qué se hicieron los que en otro tiempo confesaban públicamente la piedad de su alma, y se entusiasmaron defendiendo sus sentimientos religiosos?... ¡Ay! triste es decirlo: han desaparecido, ó los pocos que quedan no son como los que en tiempos anteriores salían á la defensa de sus creencias. Hoy, empeñanse muchos en fingir ante los demás lo que no son; ocultan sus ideas religiosas, ó con un cinismo vergonzoso ultrajan y escarnecen lo que acaso tienen grabado en el alma, lo que sin duda aman, veneran y practican en el interior de sus hogares, léjos de las miradas del mundo.— La mujer, sólo la mujer es la de siempre: sólo

ella conserva incólume en su espíritu aquella fé sencilla que la consuela y fortifica en sus dolores; sólo ella ama el templo y se prosterna humildemente ante la Virgen, pidiéndole mercedes; sólo ella escucha con respeto la modesta plática del sacerdote, y es puntual en asistir á las solemnidades religiosas.—¡Profanacion inaudita! Nosotros los hombres tenemos quehaceres más importantes; á nosotros nos falta tiempo para ocuparnos en prácticas piadosas. En vez de leer algo de religion, leemos los periódicos del día; en vez de asistir á alguna iglesia á oír el Evangelio, vamos al billar, al café, á las redacciones de periódicos en busca de enredos urdidos por la maledicencia; en vez de meditar un rato sobre el empleo que damos á los días de nuestra existencia, pensamos en los goces de mañana, en los frívolos amores de ayer, en las diversiones que nos esperan y nos ofrece el mundo.—Hé aquí por qué en nuestros templos jamás se ve una concurrencia numerosa de hombres, y por qué muchas veces los que allí se ven, pertenecen sólo al pueblo, á la clase pobre, á esa gente infeliz y despreciada que acude á pedir á Dios remedio á sus males, sin avergonzarse de hacerlo, ni preocuparse por las burlas de los incrédulos. Y en verdad, no se comprende la causa de este aislamiento y frialdad de los hombres. La religion cristiana es madre tan amorosa y tan buena, tan hermoso y consolador es creer; tan naturales son en el alma los sentimientos religiosos y de piedad, que no es posible dejar de desear los tesoros de gracia del catolicismo en medio de las miserias que nos afligen en la vida.

Digan lo que quieran los impíos: lo cierto es que llegan días en la existencia del hombre en que se siente un hastío profundo hácia todo lo que nos ofrece la sociedad, sus diversiones, sus placeres, el lujo, las comodidades, el bienestar; en que el trato con los hombres nos fastidia, el bullicio del mundo nos molesta, las seducciones del vicio nos repugnan y horrorizan; en que se desea, en fin, el olvido, el silencio, la paz y la soledad del retiro. Pues bien: ¿qué hacer entonces, sino acudir al seno cariñoso de la religion? ¿Dónde ir, sino á las melancólicas soledades de un templo cristiano? ¡Dichosos los que todavía creen! ¡Felices los que sienten latir un corazón alimentado por la fé y las esperanzas de los primeros años!

III

Acaso se dirá por algunos que el abandono en que van quedando los templos, es indicio seguro de las raíces que ha echado en nuestra sociedad la *ilustracion* del siglo XIX. Acaso se dirá que están en su postrer agonía las *preocupaciones* del fanatismo religioso; y que si las señoras asisten á las iglesias en mayor número que los hombres, es porque entre ellas no se ha extendido todavía la luz de la filosofía moderna. Pero se engañan lamentablemente los que eso creen. No: no se debe á la ignorancia el que la mujer abrigue aún en su alma la piadosa fé que mecíó su cuna; no se debe á la ilustracion del siglo el alejamiento de los hombres. Se debe á otra cosa: se debe á la indolencia, hija de cier-

tas injustificables preocupaciones, con que vemos lo que más debía interesarnos: el cultivo esmerado de nuestro espíritu al influjo bienhechor de la religion, y cierto temor de parecer sumisos y creyentes en una época en que todos blasonan de incrédulos y escépticos; es la tibieza de nuestro carácter voluble y caprichoso, que nos impide hacer lo que tal vez deseamos ardentemente; es, en suma, la indiferencia en materias religiosas, que nos ha invadido y que casi nos domina ya. Á lo cual hay que agregar la desconfianza que abrigamos de que sean bien vistos por los demás los actos de nuestra fé y de nuestro respeto á Dios. ¡Cuántos, por ejemplo, toman ceniza con la mayor devocion en los templos, y se borran la cruz ántes de salir á la calle, miéntras muchas señoritas se pasean á la mitad del día por los lugares más concurridos sin mortificarse ni avergonzarse de llevar en sus blancas frentes el sagrado signo de la redencion! ¿Qué significa este contraste? Significa que hoy nos dan ejemplo de valor y de entereza las mismas á quienes con nuestro orgullo apellidamos ignorantes y fanáticas, nosotros los hombres ilustrados del siglo XIX!



LA SEMANA SANTA.

I

HA llegado con sus días de luto y de tristeza, con sus horas de recogimiento y de oracion: días en que nuestra alma se siente llena de suave y dulce melancolía, y en que buscamos la soledad y el silencio como necesarios para recordar los sucesos de la redencion humana, sin duda los más maravillosos que se registran en la historia; días, en fin, en que acudimos á los templos á orar con esperanza y con fé, y en que nuestro corazon experimenta piadosas y profundas emociones.

Dejemos ya los espectáculos del mundo; abandonemos los paseos, los teatros, los lugares todos de recreo á que íbamos á buscar frívolos placeres y peligrosos pasatiempos. Léjos de nosotros los halagos y encantos de las pasiones juveniles, los ardorosos ensueños de la adolescencia, las alegrías, las amistades y los amores que sólo traen inquietudes para el alma. Procuremos ahora olvidarlo todo, y preparémonos á la oracion: acudamos presurosos al solitario